

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesialística

Cartagena 21 de Abril de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 457

EL DIAMANTE

La Naturaleza, sabéis, se divide en tres reinos: animal, vegetal y mineral. A éste pertenece el diamante, esta piedra tan preciosa que, sin duda, habréis visto brillar en pendientes, alfileres, dijes, anillos y en otras joyas, con las que muchas personas se adornan. Pues bien; el diamante que adorna las coronas de los reyes, que está engastado en las mejores joyas, que cuesta tanto dinero, que su brillo fascina cuando es herido por algún rayo de luz; ese mineral, en fin, objeto de tanto aprecio, ¿sabéis lo que es amados lectores? Pues, sólo y únicamente es un trozo de carbón.

¿Os sorprendéis? No es extraño dada la estima en que se tiene.

El diamante no es más que el aliento que respiramos, y que los físicos llaman ácido carbónico. Este gas se produce también sometiendo un diamante al aire puro, calentándolo, entonces el aire se convierte en ácido carbónico, y el diamante deja de serlo y desaparece convertido en aquel gas o ácido.

Así es también el hombre, amigos.

Vedle brillar en el mundo, con más o menos reputación; se estima y es estimado; está engastado, cual diamante, en la Naturaleza; en la creación ocupa lugar preeminente: es adulado y distinguido, y todos los bienes les parecen poco para él. Hasta llega a convertirse en ídolo de sí mismo y de los demás.

Y ¿qué es el hombre por sí y en sí sólo? Es diamante que, aunque apreciado, sometido al oxígeno, se convierte en carbón, se evapora; muere; es un soplo, es nada.

Esto es el hombre solo; o por mejor decir, el hombre sin alma, el hombre-beastia, que únicamente vive la vida animal.

No queráis vivir vosotros ni ahora ni nunca esa vida del cuerpo: porque, entonces, aunque gocéis de buena posición y seáis apreciados, no os valdría otra cosa que ser como el diamante, carbón puro: combustible para el infierno.

AL VIENTO

Eres burgués, artista, vagabundo, Andas por calles, selvas y caminos, Por épocas, cometas desatinos, Cual un deschavetado furibundo.

A veces eres grave, otras jocundo, Trabajas como obrero en los molinos,

Charlas en los maizales campesinos, Y despedazas robles iracundo.

Tocas violín y flauta siempre a solas En el silencio de la noche bruna, Y besas margaritas y amapolas.

Es tu gran diversión, más que ninguna, Ver, por tu causa, las inquietas olas Pulverizar el disco de la luna.

A. J. JOHNS.

Estudios Sociales

ABUSO DE LENGUAJE

Es fenómeno constantemente observado, que en los lugares donde va desapareciendo la fe católica, cunden la superstición ridícula en razón inversa. Lo mismo sucede con el lenguaje.

Estuchad algunas frases que el mundo actual emplea, tomándolas de la religión y profanándolas sin tiento:

«He comido divinamente.»

«Te quiero infinito.»

«Se han sacrificado 4 cerdos en el matadero público.»

«Z. es el apóstol del socialismo. Tal obrero es el sacerdote del trabajo.»

«Salieron tres académicos para una misión científica.»

«La fracción de Moré no comulga con la de Maura.»

El General Pinto recibió en Melilla el bautismo de fuego.

«Romero Robledo fué mártir de la política; se sacrificaba de su ideal político.»

«La jefatura del partido conservador me impone el deber sagrado de velar...»

La vergüenza

Has de saber, querido lector o lectora, que cierto día estuvieron juntos de diversión, el viento, el agua y la vergüenza; holgaronse mucho y quedaron satisfechos de la compañía.

Cuando llegó la de vámonos, el aire tomó la palabra:

Si alguno de vosotros me necesita alguna vez, aunque de poco sirvo, como ligero que soy, que me busque por los lugares altos, entre los picos de las sierras o en los campos, cuando se cimbrean los árboles a mi paso; en las orillas del mar, o si siempre, y en lo hondo de las cañadas por donde me oiréis silbar las noches de invierno, mientras empujo los nubarrones negros por los cielos. Si me pierdo, allí estaré siempre.

—A mí—dijo el agua—camino de los mares me hallaréis, o en algibes o en donde veáis que crecen juncos,

adelfas, y cañaverales, donde crezca el heno; voluble y coqueta como mujer que soy, unas veces apetezco mucho ruido cuando vago desbordada por el río, y otras, por el contrario, mansa y arrulladora me escapo en hilos por entre las pizarras de las cañadas, siguiendo esa misma volubilidad; en el invierno os calaré y todo el mundo será mío; en el verano veréis los labradores pedir por mí porque me negaré tenazmente a visitarlos. Esa soy yo; si me pierdo, ya sabéis donde encontrarme.

—Pues yo—dijo lentamente la vergüenza—suelo hallarme en los que empiezan a vivir, en todo aquello que es en sí noble, grande y generoso; buscadme en el soldado que pelea por su bandera, en el hombre trabajador que gana el pan con el sudor de su frente, en la madre que vela abstraída del mundo, en todo acto punzonoso, esa soy yo; pero si me pierdo no me busquéis más; cuando yo me pierdo no vuelvo nunca.

La vergüenza es una de las cualidades más estimables de la Humanidad pero es como un punto de calcaeta que en rompiéndose un hilo se deshace toda.

Sin duda a eso se debe que haya tantos que carecen de ella.

Siete reglas de oro

Preguntaron a un sencillito campesino cómo había logrado educar con tan espléndido éxito a sus hijos. Cuatro de ellos habían estudiado y alcanzando el título de Doctor; uno era sacerdote y profesor de Universidad; los otros tres eran abogados, y todos se distinguían por su ejemplar conducta. El campesino preguntado así, contestó con toda sencillez.

—El que he educado con más esmero, es mi hijo mayor; su ejemplo influía benéficamente en la educación de los menores; así que tuve con ellos menos trabajo. En los demás he observado las reglas siguientes:

«Nunca exigi nada de mis hijos, que no hiciera yo primero; y siempre he pensado bien lo que les mandaba.»

«Exigi siempre pronta obediencia: los hijos deben convencerse de que es su deber; la obediencia debe hacerseles costumbre.»

«Di a mis hijos pruebas de cariño, mas cuidando siempre de que no me perdiésem el respeto.»

«Nunca sufrí contradicciones ni protestas de su parte.»

«En presencia de los hijos es preciso que cuiden los padres de estar en perfecta armonía entre sí y que no encuentren los hijos en la conducta de uno de los dos un pretexto para sustraerse a los mandamientos de Dios o de la Iglesia.»

«He acostumbrado a mis hijos desde niños al trabajo, sin perder de vista el cuidado por su salud.»

«Todos los días los he encomendado a la protección de Dios.»

Si todos los padres observasen estas reglas, se ahorrarían muy tristes experiencias cuando los hijos han llegado ya a cierta edad.

Ecos del Sagrario

¡Quieres y no puedes!...

Y no podrás mientras no cambie tu corazón.

¡Lo tienes tan flaco, tan raquítico tan cobarde!

¡Lo tienes tan frío!

¡Lo tienes tan duro!

Pero no temas que comulgas todos los días? pues dale tu corazón a Cristo, y Él te lo cambiará.

«Abre al Señor tus caminos, y Él hará», ha dicho el Espíritu Santo.

¿Qué haré? todas las cosas, hablandarte, calentarte, fortalecerte, hacerte generoso y abnegado.

He llegado a saber que se murió, cuando ya han pasado nueve años desde su muerte.

Y yo quiero leeros ahora una página de su vida, saboreada.

«Todos los días me lo pide Jesús, y todos los días después de comulgar me lleno de vergüenza.»

¡Es tan bueno, tan generoso conmigo! ¡y yo tan ruin y tan roñoso con Él!

Pero esto ha sido hasta aquí; en adelante no lo será más.

Se me destroza el corazón; el alma se me aflige como nunca: tal vez renunció a mi felicidad en la tierra. Pero todo por Jesús; sea; por su amor y por su gloria.

Aún conservo el testimonio de su heroico sacrificio.

¡Almas eucarísticas que me leáis! creo que no necesita ya de nuestras oraciones; pero yo os suplico una por ella.

¡Si supiérais la inmensidad de sacrificio que hizo; y con qué fuerza de amor lo hizo por Jesús!

M. de Sta. Catalina